

NEW LEFT REVIEW 113

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2018

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	La nueva Suecia	7
DAVID KOTZ	¿Recuperación estadounidense?	31
PERRY ANDERSON	Una tarde con Althusser	61

ENTREVISTA

RICHARD STALLMAN	Hablando con el cartero	71
------------------	-------------------------	----

ARTÍCULOS

ALICE BAMFORD Y DONALD MACKENZIE	Contraformatividad	99
-------------------------------------	--------------------	----

CRÍTICA

DYLAN RILEY	Una metafísica para Occidente	127
ZÖE SUTHERLAND	La obra de arte como crítica	143
JOHN GRAHL	¿Más allá de la redistribución?	153

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Heinrich August Winkler, *The Age of Catastrophe: A History of the West, 1914-1945*, New Haven (CT), Yale University Press, 2015, 998 pp.

DYLAN RILEY

UNA METAFÍSICA PARA OCCIDENTE

El volumen de mil páginas de Heinrich August Winkler sobre «la era de la catástrofe», 1914-1945 requiere de cierta contextualización para el lector anglófono. En primer lugar, este tomazo es meramente el segundo volumen de un proyecto mucho más amplio, que se extiende desde la Antigüedad hasta la era del Brexit y de Trump. En segundo lugar, el objeto de estudio de Winkler, que ha sido colmado de elogios en Alemania, no es ni la historia universal ni la europea como tal, sino la historia de «Occidente». Se trata, en otras palabras, de un relato fuertemente normativo. Aquí también es importante el papel que juega Winkler como figura pública. Nacido en Königsberg en 1938 y descendiente de un largo linaje de pastores protestantes, Heinrich se mudó con su familia a Württemberg en 1944. Democristiano en su adolescencia, a los 23 años se afilió al SPD, y desde entonces en adelante ha sido un socialdemócrata incondicional, que se ha situado inquebrantable en el ala derecha del partido. En el 1968 fue un abierto oponente de las exigencias estudiantiles de reforma universitaria. Como doctorando en Tubinga, su maestro fue el historiador conservador Hans Rothfels. Figura importante dentro del movimiento de entreguerras de la *Volksgeschichte* (una racionalización apenas velada de los designios imperiales alemanes en Europa del Este), Rothfels jugó un papel decisivo en el restablecimiento de la historiografía alemana después de 1945, en su calidad de editor de la revista *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, así como de director de la Asociación de Historiadores Alemanes. Tras trasladarse a Friburgo, la investigación de Winkler se centró en los movimientos obreros

durante el periodo de Weimar, con un estudio de tres volúmenes que apareció a mediados de la década de 1980.

Winkler se ganó por primera vez un cierto renombre en la esfera pública a raíz de la llamada «disputa de los historiadores» –*Historikerstreit*– de finales de la década de 1980, que fue una batalla que se libró básicamente en las páginas de la prensa nacional. En aquella disputa Winkler se alineó con Wehler y Habermas contra los revisionistas conservadores Nolte y Hillgruber, los cuales estaban desafiando la historiografía dominante sobre el periodo nazi, que durante los primeros treinta años de la República de Bonn se mantuvo bloqueada bajo el consenso de las potencias aliadas vencedoras. Pero fue el colapso del bloque del Este en 1989 lo que proporcionó a la carrera de Winkler el estímulo definitivo. Cuando cayó el Muro, él era un defensor agresivo de la desintegración de la RDA y de su incorporación a las estructuras ya existentes de la República Federal, pasando por encima de la cláusula constitucional que llamaba a un proceso democrático de consulta. En este tema, Winkler se situaba con decisión a la derecha de Habermas, al defender una absorción para la reunificación de la nación alemana, en contraste con la concepción habermasiana de un patriotismo constitucional posnacional, que abogaba por una revisión de la constitución [*Grundgesetz*] para lograr una integración más justa de la RDA en la RFA. Transferido de Friburgo a la Universidad Humboldt de Berlín, Winkler acometió una purga implacable de sus profesores después de 1991.

La entronización plena de Winkler como el historiador de la redención nacional de Alemania llegó con el cambio de milenio, de la mano de su obra de dos volúmenes *Der lange Weg nach Westen*, que llegaba a las mil trescientas páginas (en 2007 apareció la versión inglesa, *The Long Road West*). En ella Winkler trazaba confiadamente el agitado curso histórico del país –desde la época prenatal pasando por el *Sonderweg* [senda especial] hasta el triunfo de la normalización democrática occidental en 1990– mediante un relato desenvuelto y marcadamente político. «En el principio fue el Reich. Todo lo que separa la historia alemana de la historia de las grandes naciones europeas tiene sus orígenes en el Sacro Imperio Romano», afirmaba Winkler. «Hemos de remontarnos muy atrás en la historia para comprender por qué Alemania tardó más tiempo que Inglaterra y Francia en convertirse en un Estado-nación y, más aún, en una democracia». El «mito del Reich», anclado en una tradición que se remonta al Estado eclesiástico constantiniano, y que consideraba al *Imperium christianum* como el baluarte contra el Anticristo, adoptó una forma secular con la coronación del rey sajón Otón el Grande como emperador del Sacro Imperio en el año 962. El resultado de la subsiguiente Querrela de las investiduras fue más favorable a los príncipes de los territorios germánicos que a los de Borgoña o los de la Italia imperial, y la formación estatal moderna temprana comenzó sobre una «base

territorial más reducida» (es decir, como mini-Estados») que en los casos de Francia e Inglaterra. Esta particularidad se vio acentuada tras la Reforma por el luteranismo, que hizo de los gobernantes protestantes «papas en sus propios países».

Según el relato de Winkler, el «mito del Reich» hizo las veces de quimera para el nacionalismo alemán, que emergió del hundimiento final del Sacro Imperio Romano a manos de Napoleón en 1806. Si los liberales alemanes no llegaron a resolver el problema de cómo conjugar la unidad nacional con la libertad democrática en 1848 fue porque soñaban con una «Alemania más grande», que incluyera los territorios austriacos. A partir de 1871 Bismarck resolvió la cuestión de la unidad de forma sensata, por la vía de forjar una «Alemania pequeña» que excluía a Austria, en lo que supuso un gran paso hacia la normalización occidental; pero la democracia se veía restringida bajo la sombra del kaiser, y las ambiciones imperiales eran «inevitablemente» contrarrestadas por las demás grandes potencias, dando lugar a la debacle de 1918. Durante la República de Weimar, el «mito del Reich» —un mito que evocaba la grandeza de la Edad Media, cuando Alemania asumió «la defensa de todo el Occidente cristiano contra la amenaza del Este pagano»— hizo de puente entre Hitler y los «ciudadanos cultos» de Alemania tras las humillaciones de Versalles. En último término, sin embargo, el periodo nazi facilitaría el gran *argumentum e contrario* en favor de la democracia al estilo occidental, bajo la República de Bonn. En el final feliz de *Der lange Weg nach Westen*, Alemania logra culminar una normalización europea con la OTAN y la UE, ofreciendo un modelo a aquellos otros países que tienen ante sí sus propios «senderos únicos» que recorrer.

El siguiente paso de Winkler consistió en anclar el relato alemán dentro de una historia omnicompreensiva de lo que él denomina —este es su concepto-maestro— el «proyecto normativo de Occidente», cuya evolución y desarrollo constituye el mayor logro de la humanidad. Este es el tema de su monumental tetralogía, *Geschichte des Westens* [Historia de Occidente], que apareció entre 2009 y 2016. El primer volumen, que aún no ha sido traducido al inglés, y que lleva por título *Von den Anfängen in der Antike bis zum 20. Jahrhundert* [Desde los comienzos en la Antigüedad hasta el siglo XX] cubre los milenios comprendidos entre la aparición del monoteísmo en Egipto en el siglo XIV a. de C. hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. El segundo, cuyo título en alemán es *Die Zeit der Weltkriege* «La era de las guerras mundiales», narra el conflicto entre el «proyecto normativo» y sus varios rivales en la era de la guerra total. El tercero se ocupa de la pugna entre el Este y el Oeste durante la Guerra Fría. El cuarto, *Die Zeit der Gegenwart* [«El tiempo del presente»], así como el que sería de hecho una quinta entrega, *Zerbricht der Westen?* [¿Se rompe Occidente?], se exhiben en las aflicciones contemporáneas.

¿Qué es, entonces, «Occidente»? Winkler define las metas de Occidente en términos puramente políticos: la realización de un orden nacional que combina la separación de poderes, el imperio de la ley y la democracia representativa. Pero su proyecto tiene un significado más profundo. El primer volumen sitúa la raíz de la especificidad de Occidente en su historia religiosa. «En el principio fue una creencia: la creencia en *un solo* Dios». El judaísmo supuso un impulso hacia la racionalización y la intelectualización, y luego el cristianismo aportó dos conceptos más a la fórmula: la dignidad del individuo y la separación de poderes. Según Winkler, la respuesta quietista de Jesús a los fariseos —«dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios»— sentó las bases para el gobierno limitado y la sociedad civil. Hitos sucesivos en el camino de la libertad y el pluralismo fueron, entre otros, la Querrela de las investiduras y la Carta Magna, el Renacimiento, la Reforma y la Ilustración. Era un error pensar que el mundo pagano de Grecia y Roma hubiera jugado papel significativo alguno en esta consumación de la libertad humana. La democracia ateniense, viciada por la esclavitud y la exclusión de las mujeres, era una irrelevancia fraudulenta que Madison rechazaba, con razón, por considerarla un gobierno de la turba, motivo por el cual debía evitarse por todos los medios en los incipientes Estados Unidos. Los únicos legados de aquel mundo pagano fueron la quimera de una democracia directa, que era una receta para la demagogia, y la idea siniestra de una religión civil en Rousseau, que era una pasarela hacia el totalitarismo.

La separación de poderes y sus concomitantes libertades cristalizaron como el «proyecto normativo de Occidente» durante las revoluciones atlánticas de finales del siglo XVIII. Winkler alaba la Revolución Americana de 1776 y a sus Padres Fundadores, que supieron equilibrar con sensatez su apelación a los derechos del hombre con una evocación tradicionalista de los privilegios perdidos —la Magna Carta, la Revolución Gloriosa—, para dejar como legado un sistema efectivo de gobierno, junto con los controles y contrapesos apropiados. La evolución francesa era diferente. Al negarse a nombrar al príncipe borbón Luis Felipe II —conocido con el sobrenombre de Philippe Égalité— como sustituto de su primo, Luis XVI, para, en lugar de ello, enviar a ambos a la guillotina, los franceses perdieron la oportunidad de alcanzar las aguas tranquilas de la monarquía constitucional sin tener que pasar por el torbellino que supuso *l'an II*. Podemos resumir la fórmula que propone Winkler para «Occidente» como un guiso saludable de libertades anglosajonas fundamentadas en última instancia en la distinción de Jesús entre los reinos religioso y temporal, y aderezado con un chorrito —¡pero no más!— de universalismo ilustrado. «Cualquiera que pretenda no solo lograr la libertad, sino asegurarla en el tiempo, hará bien en seguir la sabiduría de los anglosajones, así como la de aquellas figuras de la Ilustración francesa, como Montesquieu, que los orientaron hacia ese conocimiento».

El drama en el relato de Winkler lo proporciona la pugna entre el proyecto normativo y sus antagonistas, ya sean estos conscientes (los «enemigos de Occidente», a derecha e izquierda) o no. Tal y como nos explica el propio Winkler, *Geschichte des Westens* fue concebida como una ampliación de su libro sobre Alemania, *Der lange Weg nach Westen*, dado que en su opinión si bien es cierto que Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia –en tanto que naciones ejemplares– se occidentalizaron antes y más pacíficamente, incluso ellas tardaron cierto tiempo en alcanzar su destino normativo. La práctica de los Estados occidentales y de sus dirigentes a menudo llevaría a cometer «infracciones» del proyecto (aquí Winkler emplea sistemáticamente el término neutral *Vorstoss*, en lugar de *Widerspruch* o *Verletzung*, con connotaciones más fuertes), tales como la esclavitud, el colonialismo o la limpieza étnica. Pero el proyecto era «más inteligente que sus creadores, cuyo entendimiento estaba sesgado por prejuicios machistas y racistas», ya que incluía una capacidad para la «autocorrección» que iría eliminando paulatinamente estas taras. Los últimos capítulos de *Von den Anfängen in der Antike bis zum 20. Jahrhundert* examinan el desenvolvimiento de esta lógica a lo largo de un territorio narrativo que parte de las conquistas napoleónicas, pasa por la Guerra de Secesión estadounidense y llega hasta el periodo previo a 1914, deteniéndose puntualmente en los países mediterráneos, América Latina, la «rebatina por África» y el Oriente colonizado. El libro termina dibujando una panorámica general del comienzo del nuevo siglo, haciendo hincapié en el aislamiento creciente de Alemania.

El primer volumen de Winkler, por lo tanto, puede leerse como un enorme prefacio al despliegue del «proyecto normativo», que tiene lugar en el siglo xx y que es el tema de *The Age of Catastrophe: A History of the West, 1914-1945*. Impulsada por el «mito del Reich», la apuesta alemana por lograr un estatus de potencia mundial –una revuelta contra «los valores universales asociados con todas las democracias occidentales»– hizo que la Primera Guerra Mundial fuera inevitable. El poder creciente de un ingobernable Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) no hizo sino intensificar la beligerancia de la élite guillermina, cada vez más «nerviosa» ante la sospecha de que el tiempo estuviera corriendo en contra de su proyecto. Dicho esto, Winkler se muestra comprensivo ante el hecho de que el SPD votara a favor de los créditos de guerra en agosto de 1914, demostrando así la lealtad de su dirección al proyecto normativo de Occidente: «Era mucho lo que unía a los socialdemócratas y a sus simpatizantes con sus propios Estados: unas libertades reconocidas, la libertad de acción organizativa y, no menos importante, las conquistas sociales que ya se habían obtenido». Winkler no puede presentar los primeros tres años de la carnicería –mientras la Rusia zarista («oriental» en su religión ortodoxa tanto como en su autocracia) estuvo aliada con la Entente– como un enfrentamiento entre el Occidente ilustrado

y sus enemigos, pero una vez el zarismo abandona la escena y Estados Unidos entra en ella, la guerra pasa ser, a sus ojos, «una pugna ideológica entre la libertad y la opresión». El desenlace resulta ser el mejor resultado posible para el proyecto normativo, ya que «una victoria de Alemania y de sus aliados habría sido también una derrota de las ideas de 1776 y 1789». De hecho, las Potencias Centrales jamás habrían podido ser derrotadas sin la «determinación moral de Estados Unidos».

Alemania fue el único Estado europeo que cambió su forma constitucional después de la Primera Guerra Mundial (de ser una monarquía pasó a ser una república), sin que por ello se derribara el orden social. Winkler no tiene sino elogios para los dirigentes «moderados» del SPD, que se encargaron de que esto fuera así. Concienciados y no partidistas, «se subieron como pudieron a un tren desbocado y lograron ponerlo bajo control». A su manera, Ebert y Noske estaban ejecutando el proyecto normativo cuando enviaron a los Freikorps a que reprimieran el levantamiento espartaquista, que no fue otra cosa que un «asalto a la democracia», si bien, eso sí, hay que deplorar cualquier exceso en el derramamiento de sangre. La sensata alianza entre la dirección del SPD y los partidos burgueses evitó una catastrófica guerra civil. En cambio, la culpa del auge del fascismo y de todo lo que siguió después se la achaca Winkler a la izquierda intransigente. Catalizada por el «mito del Reich», la guerra dio lugar a su vez a la Revolución bolchevique, que desestabilizó los países semiperiféricos de Europa, desarrollados de manera desigual, así como el lejano Oriente, llevando a las élites en España, Rumanía y Japón a abandonar los intentos tempranos de democracia parlamentaria –sus primeros pasos titubeantes en el camino hacia el proyecto normativo de Occidente– y a abrazar regímenes de derecha radical.

En Alemania, los impresionantes resultados del KPD (Partido Comunista) en las elecciones de noviembre de 1932 solo sirvieron para avivar el miedo a la guerra civil, que por entonces era «el más poderoso aliado de Hitler». Una vez más, estaba más que justificado que el KSPD rechazara cualquier acción conjunta con el KPD cuando Hindenburg nombró canciller a Hitler: el último esfuerzo desesperado por establecer un frente unido contra los nazis estaba condenado al fracaso, porque los comunistas promocionaban abiertamente la perspectiva de una ruptura social, lo cual sirvió simplemente para que Hitler pudiera adoptar la pose de protector de la Constitución. También en Italia, la principal fuerza que socavaba el gobierno parlamentario era la tendencia de los obreros a «perseguir sus fines por medios anarquistas», unido a los nefastos efectos del Congreso de Livorno, que dio origen al Partido Comunista d'Italia. En palabras de Winkler, «esto solo sirvió para hacerle el juego a los fascistas», dándoles «la excusa perfecta» para ignorar la ley del país. Como feliz contrapeso del triste estado de cosas en Italia y Alemania estaban los países nórdicos, cuyo «precoz avance hacia la normalización

occidental dependía de una población campesina libre y autoconsciente, un movimiento obrero pragmático que hacía hincapié en mejoras concretas y, no menos importante, un sistema educativo marcado por el espíritu del luteranismo». Un caso más enigmático de supervivencia democrática era el de Irlanda, pero allí no había un partido comunista significativo y además se contaba con la bendición de un parlamento fuerte (una herencia que los irlandeses habían recibido de la cultura política británica y por la que, se presume, deberían haber mostrado algo más de agradecimiento).

Al igual que sucede en *Der lange Weg nach Westen*, la hegemonía de Hitler se basa en el «mito del Reich». *The Age of Catastrophe: A History of the West* sitúa el origen de la geopolítica nazi en esta «idea específicamente alemana», puesta en marcha en primera instancia por el crítico cultural conservador Arthur Moeller van den Bruck en su obra *The Third Reich* (1923). «Este mito —escribe Winkler— postula que los alemanes tenían una misión histórica consistente en liderar la lucha europea de resistencia contra el avance, no solo del bolchevismo en el Este, sino también de la democracia en el Oeste». Solo de pasada se menciona la obra principal de otra figura célebre en este contexto, *La decadencia de Occidente* de Spengler. La invasión de Checoslovaquia dio un significado concreto a la idea de un orden racial-imperial pangermánico más allá de las fronteras de cualquier Estado-nación existente: «el término “Reich” adquiriría ahora una nueva dimensión, que al mismo tiempo llevaba implícita una cualidad mucho más antigua». Sin embargo, el nazismo terminaría eventualmente por conjurar su antítesis perfecta, en forma de la Carta del Atlántico de Roosevelt, una versión abreviada del proyecto normativo. La emergencia del nazismo como una «tercera fuerza» entre el Occidente liberal democrático y el «totalitario» Este sentó las bases para una alianza anómala entre los dos últimos contra el primero. Pero la victoria de la coalición opuesta a Hitler llevó a una «simplificación radical de la situación internacional» con el comienzo de la Guerra Fría. Ahora, por fin, Occidente podría hacer frente al Este y el futuro dependería de la capacidad de las potencias de la OTAN para ofrecer «un faro de luz en el mundo de posguerra».

Si este relato se antoja germanocéntrico, esa es precisamente la intención de Winkler. El periodo comprendido entre 1914 y 1945 «se puede describir, con cierto fundamento, como el capítulo alemán en la historia de Occidente», según argumenta, ensombrecido por los asaltos guillermínos y hitlerianos contra la democracia y los derechos humanos. *The Age of Catastrophe: A History of the West* dedica a Weimar el doble de páginas que a Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos juntos. En realidad, Winkler básicamente reproduce aquí el capítulo séptimo del primer volumen de *Der lange Weg nach Westen*. La única novedad de *The Age of Catastrophe: A History of the West*, en este sentido, son las secciones más breves dedicadas a otros países,

que el autor incluye con un mero ánimo de agregarlas al texto y, en absoluto, para establecer un marco comparativo.

¿Cómo responder a este pesado y rígido proyecto en su conjunto? Hay tres puntualizaciones iniciales que deben hacerse sobre esta cuasi metafísica «historia de Occidente» [*Geschichte des Westens*] de Winkler. La primera tiene que ver con su construcción anacrónica y *ex post facto* del propio «Occidente», un término que solo empezó a utilizarse de forma ordinaria en la década de 1890, cuando Estados Unidos se sumó a las filas de los Estados imperialistas europeos como una gran potencia, si bien no fue canonizado del todo hasta la llegada de la Guerra Fría. En Winkler, este manejo ahistórico se proyecta hacia atrás en el tiempo, hasta la alta Edad Media, por medio de una contraposición entre las dos denominaciones de la teología cristiana, Roma y Bizancio, esta última, carente de esa división vital entre lo secular y lo espiritual que marcó a la Iglesia de Roma. (El luteranismo plantea problemas respecto a esta división, ya que Winkler lo considera, de manera bastante inconsistente, a ratos como raíz primaria del autoritarismo y a ratos como fundamento de la socialdemocracia nórdica). «Occidente», por lo tanto, significa «terreno católico y protestante», bien delimitado del ortodoxo, que está entregado al despotismo y que pertenece al «Este». De esta forma, para Winkler resultaba perfectamente adecuado ampliar la Unión Europea a Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia y los países bálticos –todos ellos católicos o protestantes–, pero fue un error darse tanta prisa en incluir a las ortodoxas Rumanía, Bulgaria y Grecia antes de que se hubieran occidentalizado de verdad. En lo que respecta a la Rusia poscomunista, continúa siendo un pozo de tiranía, sacralizado por la iglesia ortodoxa.

En segundo lugar, toda la construcción de Winkler es, desde un punto de vista ideológico, apologética. Esto es así ya desde las primeras páginas, en las que incluso logra utilizar al egiptólogo Jan Assmann –uno de los más importantes críticos académicos del monoteísmo, famoso por su insistencia en la intolerancia que emanó de las concepciones mosaicas de la deidad– como una autoridad en la que apoyar su propio encomio de esas mismas concepciones. (Burckhardt ya había señalado que el monoteísmo era inseparable de la idea de una misión autoritaria, pero no así el paganismo clásico). Y, en tercer lugar, y esto es lo más importante, la postulación del metahistórico *telos* del proyecto normativo le permite a Winkler eludir todas las tareas estándar que exige la explicación histórica, gracias a lo cual puede generar una narración colosal de episodios y eventos sucesivos del pasado sin tener que ofrecer una causalidad destacable con respecto a ellos, pues de eso se ocupa básicamente la lógica immanente del Proyecto.

El resultado es un producto de una laboriosidad pasmosa: los cuatro volúmenes de *Geschichte des Westens*, más su secuela, superan las cinco mil páginas, producidas en menos de una década, a un ritmo de quinientas

páginas por año, año tras año, y en una prosa eminentemente legible. A medida que se acercan al presente, se van convirtiendo en una crónica cada vez más frenética, que trata las evoluciones más dispares una al lado de la otra, sin pausas ni síntesis, como si se tratara de una especie de diccionario compulsivo del pasado. La precondition para esta ciclópea construcción consiste en centrarse estrictamente en la historia política, concebida en un sentido en cierto modo estrecho. En la medida en que la narración así lo exija, se tocan transformaciones sociales o económicas más profundas, pero nunca se exploran ni se consideran en sí mismas. Apenas se repara en la asociación, de sentido común, entre «Occidente» y las formas más avanzadas de capitalismo. La cultura, que es algo distinto de ideas que pueden ser simplemente encajadas en el proyecto normativo o en sus infracciones y autocorrecciones, es en gran medida ignorada. Dirigida al público más amplio posible, el resultado final es una narración a la vieja usanza, competente y superficial, con un final optimista y tranquilizador acompañado de cautelas razonables.

Volviendo a *The Age of Catastrophe*, cualquier relato satisfactorio del periodo de treinta años cubierto por el libro debe ofrecer alguna explicación de los desastres que lo salpican: las dos guerras mundiales y el auge de las dictaduras fascistas. ¿Hasta qué punto el proyecto normativo de Occidente juega un papel causal, ya sea como amortiguador o como estímulo, en estos acontecimientos? A decir verdad, Winkler sí reconoce ciertas anomalías en su interpretación de la Primera Guerra Mundial como una pugna «entre la libertad y la opresión», como, por ejemplo, el hecho de que durante la guerra la «tierra de la libertad» promulgara la *Espionage Act* (1917) y la *Sedition Act* (1918), encarcelara a Eugene Debs y viviera una orgía de patrioterismo antialemán. Es menos honesto con otros problemas, y no se molesta en mencionar que por aquel entonces Estados Unidos, a nivel nacional, no era un régimen más democrático que Gran Bretaña, Alemania o Italia. El sistema de Jim Crow era un sistema de inhabilitación y de privación del derecho de representación en virtud de criterios raciales y de *clase*, exactamente igual de eficaz que el sistema electoral prusiano de las tres clases a la hora de atrincherar a las clases más reaccionarias en las más altas esferas del poder estadounidense. El propio Wilson era una expresión directa de aquel sistema.

El hecho de que Gran Bretaña fuera ya una potencia mundial en 1914 tampoco parece plantear, en el relato de Winkler, problema alguno: la causa intolerable de la guerra fue la ambición de Alemania de convertirse a su vez en una. Tal y como señalara David Calleo hace tiempo, la situación era más bien la inversa. El estatus global desmesurado de Gran Bretaña hacía imposible la consolidación de cualquier equilibrio de poder dentro de Europa, desestabilizando el continente una vez que Alemania se convirtió

en su principal potencia económica. En resumen, tal y como dijo Lenin, fue el desarrollo desigual de la competencia imperialista lo que hizo que, en un cierto momento, fuera inevitable una guerra a gran escala entre depredadores rivales. Incapaz de afrontar el imperialismo como un fenómeno general de aquel periodo, Winkler termina viéndose confinado a un juego de palabras a fin de echarle la culpa a Berlín. El Segundo Reich precipitó el conflicto con una guerra de «legítima defensa putativa» (no preventiva), *Putativnotwehr*, en lugar de *Präventivnotwehr*. En realidad, Winkler se limita a reciclar la gastada tesis de la *Kriegsschuld* de la Entente en Versalles –reciclada a su vez por el ideólogo de la época de Bonn (y antiguo miembro de las ss) Fritz Fischer, que cautivó al joven estudiante Winkler en la década de 1950–, ignorando los posteriores trabajos que la desmontan.

Con respecto a los adversarios de «Occidente»: si el proyecto normativo se define simplemente como separación de poderes y democracia liberal, la observación de que ni el bolchevismo ni el fascismo se distinguieron por su firme compromiso con estas ideas parece bastante evidente. Pero si consideramos las maneras en que estas corrientes políticas opuestas emplearon una idea de «Occidente», resulta mucho menos claro que ninguna de ellas pueda caracterizarse como ideología antioccidental. La noción de que el bolchevismo fue una «alternativa radical» a Occidente únicamente tiene sentido a la luz de la extirpación que Winkler hace de Rousseau del canon occidental y de la amalgama que hace de Marx, Lutero y Fichte como exponentes del «mito del Reich». Pero desde cualquier otra óptica de la tradición política occidental más objetiva, esta afirmación resulta absurda, porque resulta difícil imaginar un proyecto más enérgicamente occidentalizador que el de Lenin y Trotsky: su obra se refiere constantemente a la historia de Europa occidental en tanto que modelo y estándar; su marco intelectual provenía de uno de los más grandes pensadores sociales de Occidente; y ellos se veían a sí mismos como continuadores de un linaje que, desde luego, incluía a las grandes figuras de las revoluciones atlánticas, que Winkler tanto venera. Pero sería más natural decir que lo que les preocupaba era cumplir la promesa inicial de 1789, más que romper con ella. Winkler concede que «Lenin fue un occidental», pero solo en el sentido de que abrazaba el progreso técnico y científico. Por lo demás era completamente intolerable.

La premisa básica de *The Age of Catastrophe* es que «el reino de terror bolchevique fue algo más que una mera reacción a la situación extremadamente difícil de principios de 1918, tanto en Rusia como fuera de ella, ya que era la consecuencia necesaria del plan de Lenin de crear una nueva sociedad comunista dentro de un país atrasado». Aquí la distorsión está en la frase «el plan de Lenin». A diferencia del fascismo, el leninismo nunca produjo una teoría política general para justificar un régimen de partido único; la autocracia del partido siempre se entendió como una necesidad histórica

indeseable pero inevitable, dadas las particulares condiciones de Rusia. Tal y como muestra el análisis de Winkler, ni Lenin ni Trotsky creyeron que fuera posible crear una sociedad comunista exclusivamente en Rusia. Cuando el llamamiento de Trotsky por una revolución mundial en Brest-Litovsk fue respondido con huelgas y manifestaciones masivas, la dirección del SPD en Alemania hizo todo lo posible por socavar el movimiento, endureciendo precisamente ese aislamiento que el propio Winkler reconoce que fue una de las principales razones de los métodos dictatoriales de los bolcheviques. La noción de una ruta directa al socialismo y al comunismo en esas condiciones de aislamiento fue de Stalin, no de Lenin. Cualquiera con una pizca de curiosidad histórica debe plantear una pregunta que *The Age of Catastrophe* elude: ¿cuáles habrían sido las consecuencias de una defensa rotunda –por parte de Kautsky, por ejemplo– de la revolución bolchevique, y de un llamamiento a la insurrección solidaria en Occidente en 1918, tanto para el curso del desarrollo político ruso como para las perspectivas del socialismo en Europa occidental?

¿Y qué decir del fascismo? La lectura que hace Winkler del caso italiano es sorprendentemente superficial: todo el análisis del ascenso de Mussolini descansa sobre dos fuentes no italianas, Denis Mack Smith y Hans Woller. El autor afirma que los camisas negras obligaban a sus detractores a beber «retsina», en lugar de aceite de ricino, lo que da un poco de vergüenza ajena. Su tesis fundamental es básicamente que «Occidente cayó en el descrédito, porque la derecha política lo acusó de la aparente *vittoria mutilata* de Italia». Pero lo cierto es que Mussolini presentaba el fascismo como el estadio culminante de un gran relato impreciso, tras barrer el liberalismo y el socialismo; nunca posicionó su «revolución» contra «Occidente». Bajo la influencia de Schmitt, Hitler, por su parte, enmarcó el Tercer Reich dentro de una Doctrina Monroe alemana: una pretensión de hegemonía continental estrictamente análoga a la que Estados Unidos había logrado en las décadas posteriores a la Guerra Civil. *Más en general, toda la colección de ideas que acompañaron al imperialismo en Occidente* –el darwinismo social, el racismo, las esferas de influencia, la necesidad de apoderarse de las materias primas– fueron simplemente recicladas y amplificadas en el nacionalsocialismo alemán. Lejos de constituir una revuelta contra el proyecto normativo, contemplado este en términos históricos y no hipostáticos, las ideas nazis fueron principalmente una recapitulación de las europeas occidentales.

Dejando a un lado la cuestión de los antecedentes ideológicos, ¿abrieron los bolcheviques y los jóvenes partidos comunistas italiano y alemán las puertas a sus enemigos de la extrema derecha, tal y como sostiene *The Age of Catastrophe*? En este punto la cronología es crucial. La fractura de la Segunda Internacional no fue causada por el intento de los partidarios de Lenin de desafiar la postura belicista del SPD alemán, ni tampoco por la

disolución bolchevique de la Asamblea constituyente en enero de 1918. Por el contrario, el origen de aquella fractura hay que buscarlo en el infame voto favorable a los créditos de guerra por parte del SPD en agosto de 1914, que Winkler defiende aduciendo la endeble tesis de que, de haber actuado de otra manera, un ejército de campesinos rusos precariamente equipados, que acababa de ser derrotado por una potencia de segundo orden en el Extremo Oriente, habría llegado hasta Berlín. En aquel momento concreto, el leninismo no existía realmente como corriente doctrinal diferenciada dentro de la socialdemocracia internacional: el cisma bolchevique-menchevique era aún una tempestad en un vaso de agua, que la mayoría de los activistas en la propia Rusia ni siquiera llegaban a entender.

Por supuesto, la emergencia de una amenaza revolucionaria al capital desde la izquierda fue una condición clave para el auge del fascismo tanto en Alemania como en Italia y en España, aunque no en Rumanía ni Japón, que desencadenó, simultáneamente, una fuerza de violencia contrarrevolucionaria contra ella desde abajo, así como, desde arriba, un acomodo, esto es, un intento de cooptación, de dicha fuerza por parte de las élites terratenientes y económicas en aras del propósito común de aplastar a la clase obrera. Esta era una dinámica objetiva, ante la cual es absurdo echar la culpa al recién nacido KPD o al PCI, como si estos debieran haber optado por no existir. Por otro lado, contra lo pretendido por Winkler, la socialdemocracia carga con una responsabilidad previa y subjetiva ante el surgimiento del fascismo, al menos en Alemania. Esto es así, en primer lugar, por haberse alineado a favor de la guerra interimperialista de 1914, sin la cual el nazismo jamás se habría convertido en una fuerza significativa; y, en segundo, por garantizar que las fuerzas de la reacción del antiguo régimen –el ejército, los *junkers*, los Krupps y los Thyssens– se mantuvieran intactos en 1918-1919 (para ser más exactos fueron recibidos como aliados para sofocar a la izquierda revolucionaria). Estas eran cosas que se podían haber evitado, no así, evidentemente, el odio de los fascistas hacia el comunismo. *The Age of Catastrophe* elogia al SPD en tanto que fuerza partidaria y defensora de la unidad nacional, mientras condena toda tentativa de movilización de masas desde abajo como si fuera, por definición, un *putsch* irresponsable. Sin embargo, según el relato del propio Winkler, la predisposición de Ebert a la hora de recurrir a la violencia contrarrevolucionaria no solo provocó la dimisión del ala izquierda –el USPD– de su gobierno provisional, sino que también «abrió una brecha infranqueable entre los elementos moderados y los radicales del movimiento obrero alemán, una vez Noske hubo aplastado la revuelta espartaquista».

Otro ejemplo de cómo el SPD socavó activamente la movilización de la clase obrera lo encontramos en la discusión que Winkler plantea en torno a las huelgas de 1923 contra el gobierno del magnate del transporte marítimo

Wilhelm Cuno, una manifestación de masas firmemente apoyada por el KPD que pareció abrir la posibilidad de un reordenamiento de todo el orden de posguerra. La respuesta del SPD ante los disturbios consistió en integrarse en un gobierno de gran coalición con Stresemann como canciller y con el teórico marxista Rudolf Hilferding como ministro de Finanzas. Desde esta posición, apoyó la enérgica represión del movimiento revolucionario en Sajonia por parte de Stresemann, ante la que solo expresó algunas reservas a posteriori. Como era previsible, el trato que Stresemann dispensó a las agitaciones insurreccionales de la derecha fue bien distinto. En Baviera, Gustav von Kahr conspiraba para llevar a cabo una «marcha sobre Berlín» similar a la de Mussolini sobre Roma, pero los «miembros burgueses del gabinete de Stresemann estaban convencidos de que lanzar una guerra civil con Baviera no era algo deseable, ni desde el punto de vista militar, ni desde el político», pero sí desencadenar sin escrúpulo alguno una «guerra civil» contra los mineros en huelga.

La realidad histórica que brilla a través de *The Age of Catastrophe* apunta a una conclusión bien distinta de la que pretende su autor: la de que en Alemania no fue posible ninguna democracia estable en ausencia de una ruptura revolucionaria con el pasado y de una reorientación geopolítica hacia la Unión Soviética. Recayó en los socialdemócratas austriacos intentar mediar entre el reformismo obtuso del SPD alemán y los bolcheviques, aportando la fuerza principal para el establecimiento de la Unión de Partidos Socialistas para la Acción Internacional, la desventurada Internacional «dos y media» de Adler, a medio camino entre la Segunda y la Tercera. El texto de Winkler deja claro, sin proponérselo, hasta qué punto la orientación antisoviética del SPD dejó al partido atrapado, obligándolo a apoyar políticas internas abiertamente impopulares que fueron un regalo para la derecha nacionalista. Es un hecho llamativo que los socialdemócratas austriacos, bastante más a la izquierda que el SPD, no sufrieron el colapso electoral de sus homólogos alemanes, obteniendo el mayor número de escaños en las elecciones de 1930. La capitulación del SPD terminó, de manera consecuente, con el partido votando a favor de la resolución de Göring en el Reichstag en mayo de 1933, con su delegación parlamentaria puesta en pie para bramar *Deutschland, Deutschland über alles* junto a los nazis y el resto de los diputados.

El análisis de Winkler de la caída de Weimar, que atribuye a la izquierda revolucionaria la responsabilidad por la debacle, mientras exculpa al «responsable» centroe izquierda, constituye también el patrón con el que explica el auge del fascismo italiano. Sin embargo, este intento de encajar el caso italiano en el lecho de Procasto de Weimar implica caer en graves distorsiones. Winkler reordena la narración de los acontecimientos, para situar el Congreso de Livorno de 1921, donde la izquierda se escinde del Partido

Socialista Italiano para constituir el PCI, antes de la creación por parte de Mussolini de los *fasci di combattimento* en marzo de 1919, como un intento de culpar a las luchas internas de la izquierda. Si bien es cierto que la ola de ocupaciones fabriles en 1920 fue correspondida con un repunte de la actividad fascista, los disturbios en las fábricas no pueden ser interpretados como un estúpido regalo a la extrema derecha; en realidad, se trataba de una revolución social incipiente, socavada de mala manera por la respuesta dilatoria de los socialistas reformistas y de los dirigentes sindicales.

Finalmente, el problema con el encuadre que hace Winkler de la Segunda Guerra Mundial es que, mientras Churchill y Roosevelt firmaban la Carta del Atlántico en su crucero de placer frente a las costas de Terranova, era la Unión Soviética la que de hecho combatía al nacionalsocialismo. Winkler no llega a plantear en sus justos términos el problema de por qué el Ejército Rojo fue tan tenaz en su resistencia a la Wehrmacht, en comparación con el ignominioso comportamiento del ejército francés durante el verano de 1940. Para él, la respuesta es simple: el terror. Bebiendo de una sola fuente, Jörg Baberowski, Winkler concluye que los soldados del Ejército Rojo no tenían forma de retirarse: o los mataban los alemanes, o los mataba la NKVD, lo cual implica, sin embargo, una diferencia entre los frentes oriental y occidental, que arroja serias dudas sobre el planteamiento de Winkler. Si el esfuerzo de guerra nazi era fundamentalmente antioccidental y si la invasión de la Unión Soviética no fue sino un medio para eliminar a un potencial aliado de los británicos y de los franceses libres, ¿por qué llevó a cabo la Wehrmacht una política de destrucción exhaustiva de la élite política en la URSS, pero no en Francia? Hay, por supuesto, una razón objetiva subyacente para explicar esta diferencia: la colaboración tenía en Occidente una base social y política: el antibolchevismo. Pero si esto fue así, tiene poco sentido interpretar que la política exterior nacionalsocialista se dirigía principalmente contra Occidente. Más bien, dicha política representó el ataque más radical posible al proyecto bolchevique, y este fue precisamente el fundamento que explica su actitud, más relajada en comparación, hacia las élites locales de Europa Occidental.

De esta forma, el gigantismo de la construcción de Winkler se antoja como una compensación por la falta de un marco explicativo, que pueda dar cuenta de las cuestiones históricas que plantea. Tal y como sucede a menudo con este tipo de libros, la extensión narrativa funciona como un sustituto del rigor conceptual. A pesar de lo impresionante de su escala, *The Age of Catastrophe* es básicamente un ejercicio ideológico, un cuento moral, que no es empíricamente plausible. Desde un punto de vista intelectual, es obvio que la «Segunda Guerra de los Treinta Años» (1914-1945) nunca será comprendida en ausencia de una teoría acerca de las dinámicas convergentes del desarrollo capitalista y de la geopolítica imperialista. En el largo capítulo que

Winkler dedicaba a los «Estados-nación e imperios» en *Von den Anfängen in der Antike bis zum 20. Jahrhundert* es donde cabría esperar encontrar alguna tentativa de abordar este problema. Lejos de ello, termina en forma de una narrativa difusa de más de quinientas páginas, que logra eludir la cuestión de las fuerzas impulsoras detrás de la expansión europea. La única exposición analítica que allí se ofrece es que el «principio agonístico», que hunde sus raíces en la era de Homero, impulsó a varios Estados europeos en busca de la gloria en el mundo no europeo. Esta explicación es, por supuesto, totalmente inadecuada. El conflicto imperialista partió en dos la Internacional Socialista, fue el detonante de la Revolución Rusa y estableció el contexto fundamental para el auge del fascismo. La Segunda Guerra Mundial fue también, de forma bastante evidente –tal y como Michael Mann lo ha expresado recientemente– «la última guerra interimperial».

¿Dónde deberíamos situar esta obra dentro del mundo intelectual de la Alemania de hoy? Siendo diez años más joven que Habermas, y no estando tan directamente afectado por la experiencia juvenil del nazismo –pero no por ello menos fervientemente adherido a las nuevas configuraciones de la República de Bonn–, Winkler le debe el marco ideológico y conceptual de su voluminosa construcción a dos de las más famosas formulaciones de Habermas: la celebración de la «apertura incondicional de la República Federal a la cultura política de Occidente», y la «modernidad como un proyecto inacabado». *Geschichte des Westens* está construida en torno a una fusión de ambas: el proyecto normativo de Occidente permanecerá «inacabado» mientras el resto del mundo aún no lo haya abrazado. En su condición de «oriundo de Königsberger», Winkler profesa un «optimismo kantiano» en cuanto al resultado final.

Al mismo tiempo, tres rasgos lo separan de Habermas. Winkler se siente cómodo ante el ideal de nación, que es un concepto con el que se lleva bien, a diferencia de Habermas, según sus propias declaraciones. Además, Winkler concede mucho más peso a la religión del que Habermas nunca le concedería, por muy reverente que se haya vuelto últimamente a la hora de reconocer las contribuciones religiosas a la vida pública y privada. Winkler es también, por su formación de partido (Habermas nunca se ha afiliado a ninguno) y por temperamento personal, un halcón de la Guerra Fría en todo lo que concierne a Rusia, con respecto a la cual el abierto anticomunismo del viejo SPD ha dado paso, a modo de secuela, a la aversión hacia un despotismo de inspiración ortodoxa. El cristianismo –es decir, el tipo correcto de cristianismo, protestante o católico– demarca Occidente con la excepción de Israel, que también es occidental. Winkler se opuso desde un principio al ingreso de Turquía en la Unión Europea (una posición atípica en el *juste milieu* intelectual en el que por lo demás se integra) y ello no por razones que tuvieran que ver con la tortura, la represión o la ocupación de Chipre,

sino por considerarla ajena en términos de fe religiosa. La invasión de Iraq fue, en su opinión, una deplorable desviación del proyecto normativo, pero la guerra en Yugoslavia contribuyó a él, así como también lo hizo el ataque a Libia, en el que Alemania debió haber participado.

Las cosas han ido mal en el nuevo siglo –11 de de septiembre, Iraq, la crisis de 2008 y, ahora, la propagación del «populismo»–, pero las dos amenazas contemporáneas más serias para Occidente encierran la promesa de volver a unirlo, acercando de nuevo a Europa y a Estados Unidos: la amenaza de Putin y el espectro del ISIS. En su alocución ante el Reichstag en 2015, con ocasión del septuagésimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, Winkler le dijo a la nación que la imperdonable anexión de Crimea por parte de Putin marcaba un punto de inflexión, que ponía en entredicho todo el orden internacional establecido desde 1991. Exigía una respuesta inquebrantable por parte de Occidente, que había actuado con demasiada lentitud a la hora de asociar a Ucrania con la UE. Preguntado por el semanario *Der Spiegel* sobre por qué insistía en las sanciones contra Rusia para recuperar Crimea, que había costado pocas vidas, y no contra Estados Unidos por la invasión de Iraq, que había acabado con cien mil iraquíes, replicó que las críticas con respecto a la última eran casi unánimes en el mundo occidental, pero ¿quién podría decir a dónde nos llevará la primera? Dicho en otras palabras: la dinámica autocorrectiva de su proyecto normativo libera a Occidente de toda necesidad de sanción; pero si Occidente ha de sobrevivir, el castigo al insondable Oriente resulta imperativo.